

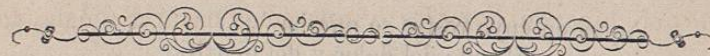
cio que hizo de nosotros, y queremos pagarla señalando los principales acontecimientos de su vida, para que los verdaderos biógrafos, tomando las fechas de nuestros apuntes, de cuya exactitud respondemos por haberlos recojido de la cartera de la familia, puedan presentar á la veneracion de nuestros nietos la elevada figura del Santo Prelado, á quien no solamente el Estado de Veracruz, sino la República entera llora sin consuelo.

*Miguel Aluidobro Gonzalez.*

Seria un trabajo demasiado prolijo si intentásemos publicar en la CORONA todos los artículos necrológicos escritos á la memoria del Ilustrisimo Sr. Obispo de Veracruz. Bástenos decir que, con muy rara excepcion, todos los periódicos de la República han anunciado su muerte en los términos mas sentidos, prueba evidente del alto aprecio que por sus raras virtudes habia sabido grangearse el Sr. Obispo.

Publicamos en seguida las composiciones poéticas que á su memoria se han escrito en esta ciudad, dando de nuevo las mas expresivas gracias á sus autores.

EL EDITOR, AGUSTIN RUIZ.



EN LA SENTIDA MUERTE  
DEL ILLMO. SR. OBISPO DE VERACRUZ

**DON FRANCISCO SUAREZ PEREDO.**

Envuelta en negra gasa está mi lira:  
En su duelo tristísimo medito,  
Y al quererla pulsar, solo suspira,  
Como en la noche pálida y sombría  
Suspira la creacion sin armonía,  
Sus ayes elevando al infinito.

¿Qué agobia mi razon y mi existencia?  
¿Qué tristeza letal reina do quiera?  
¡Oh! ¿qué enerva en su accion mi inteligencia.....?  
¡No puede comprender la mente ruda,  
Nó; no puede espresar la lengua muda,  
Lo que apenas mi alma concibiera!

Ay!....el templo de Dios está sombrío.....!  
¡Un túmulo en su centro levantado!.....  
Resuena el clamoreo en el vacío.....  
La mitra lleva el ángel de la muerte,  
Y otro lleva el cayado que la suerte  
Rigiera de este pueblo arrodillado!

El Pastor de este pueblo ya no existe.....!!  
Al que fué humilde, venerable y santo,  
Le llora muerto su rebaño triste.....  
Y en derredor del lecho funerario  
Entre el humo y olor del incensario,  
Al cielo eleva su doliente canto.

Aquel en cuyo rostro se miraba  
El sello del dolor y del martirio;  
Cuyo aspecto seráfico inspiraba  
Veneracion amante y obediencia,  
Consumióse en austera penitencia,  
Cual se consume del altar el cirio.

¡No existe para el pueblo que lo amaba.....!  
La delicada voz de su conciencia  
A otra region muy léjos le llamaba!  
Débil con el ayuno y la vigilia,  
Dejó su hogar, su madre y su familia,  
Y en aras del deber dió su existencia.

Cruzó los mares, cual apóstol santo  
A la voz del Señor Omnipotente;  
Y al cabo de su viage, alzó su canto,  
Pidiendo por su Diócesis querida,  
Por la madre virtuosa y bendecida  
A quien dejara tras el mar hirviente.

La ciudad de los mártires guardaba  
Al humilde pastor sepulcro digno;  
Poco tiempo despues, depositaba  
Yerto el cuerpo del bienaventurado  
En el mármol blanquísimo sellado  
Del alma Cruz con el celeste signo.

El llanto aquí resuena todavía.....  
Aquí tambien.....do aligeros los vientos  
Con sentida y patética armonía  
Repitieron mil lánguidos cantares,  
Vistiéronse de luto los altares  
Y alzaron las torcaces sus lamentos.....

Y lo dicen tambien los roncós sones  
Del bronce que le llora;  
Y lo dicen tambien los corazones  
De un pueblo que suspira con tristura  
Por el que oyera siempre en su dulzura  
Hablándole de Dios á toda hora.....

Y lo dicen los cantos de los muertos  
Que entona el clero con amargo llanto,  
Lo dicen los patéticos conciertos

De la orquesta que gime tristemente.....  
El duelo de las casas y la gente,  
Y de la Iglesia el enlutado manto.....

Mas.....¿para qué llorar si su alma pura,  
Cual ráfaga de llama centellante,  
A las regiones de eternal ventura  
Voló, dejando el duelo, la materia,  
Y este mundo opulento de miseria  
Que cruza triste el peregrino errante.

Sí, ¿para qué llorar, si el mártir goza  
En la mansion del Padre Omnipotente  
De interminable gloria esplendorosa.....  
Del justo los laureles y la palma.....  
De la vista de Dios á quien su alma  
Rendida adora con amor ferviente.....?

Nos queda, empero, su recuerdo santo:  
Las virtudes sublimes de su historia.....  
Si por su ausencia derramamos llanto,  
Allá ferviente rogará en el cielo,  
Por los tristes que elevan desde el suelo  
Una ofrenda piadosa á su memoria.

MARIA DEL CARMEN CORTES.

OCTAVA.

Feliz el que los lazos desatando  
De la carne mortal al cielo sube!  
¡Ay de la oveja que al pastor llamando  
Pone sus ojos en la blanca nube!  
Dichoso tú, Francisco, ya mirando  
Sin velo la verdad junto al querube,  
Ay de mí! que al nombrarte, llanto miro  
Y el eco de tu nombre es un suspiro.

Jalapa, Mayo de 1870.

PEDRO GUERRA.

A LA MUERTE

DEL ILLMO. SR. OBISPO DE ESTA DIOCESIS,

Don Francisco Suarez Peredo.

SONETO.

La santa Caridad te hubo llamado  
Y la senda evangélica seguiste;  
De humildad y de amor te revestiste  
Por tu amor al Señor Crucificado.

Tu saber y virtud te hizo Prelado  
Y el cayado en tus manos sostuviste;  
A las ovejas tus cuidados diste  
Y un hijo fueras de la Iglesia amado.

Como un Apóstol te llevó tu celo  
Al Concilio de Roma, diligente,  
Y allí una tumba te donara el cielo;

Mas el Eterno que con fé ferviente,  
En tus manos tuviste con anhelo  
¡Hoy en su gloria te tendrá presente!

IZA MARINO PERDIDO.

UNA FLOR

SOBRE LA TUMBA DEL PRIMER OBISPO DE VERACRUZ.

Era su corazon sagrado templo  
Do sublime la luz resplandecía  
De la santa virtud que en él vivia  
Al mundo dando de humildad ejemplo.

Era fuente de amor donde encontraba  
El desgraciado celestial consuelo;  
El la senda marcábale del cielo  
Cuando del mal por el camino erraba.

De Caridad los rayos esplendentes  
Reflejaban en su alma sin mancilla,  
Como la luna que apacible brilla  
Del arroyo en las ondas transparentes.

El infeliz su nombre bendecía;  
Sus virtudes sublimes admiraba  
Cuando cruzar los montes le miraba  
El pueblo fiel que su doctrina oía.

Muchas veces el sol resplandeciente  
Miróle al ocultar sus rayos rojos  
Ante el altar de Dios puesto de hinojos;  
Y hallóle así cuando nació en Oriente.

En el revuelto mar de la existencia  
Por el deber marchaba sin obstáculo,  
Su apoyo y su sosten eran el báculo,  
El cielo su esperanza y su creencia.—

Tú despreciaste la mundana gloria  
Que el hombre busca en su delirio insano;  
Y aquellos que te amaron como hermano  
Guardan como un tesoro tu memoria.

Tú manso y obediente cual paloma,  
Con la esperanza en Dios que está contigo,  
En la estacion nevada, sin abrigo,  
Cruzas el mar hasta la eterna Roma.

Por tus hijos allí cual otras veces  
Ante el altar del Hacedor inmenso,  
Entre el humo sagrado del incienso  
Al cielo elevas tus amantes preces.

Dios escuchó tu ruego bondadoso;  
Satisfecho al mirarte sonreía,  
Y “ya es tiempo que mores, te decia,  
Donde se goza de eternal reposo.”

“Mi voluntad un premio le destina  
A la virtud del justo inalterable;  
Tú no eres para el mundo miserable;  
Sube conmigo á la mansion divina.”

Blando suspiro de tu pecho exhalas;  
Y al dejar la materia tu alma pura,  
A la eterna mansion de la ventura  
Dirije ya sus transparentes alas.

Y allí á la diestra del Señor, tus ojos  
Gozan de su presencia soberana,  
Y del querub escuchas el hosanna  
Ante el trono de Dios puesto de hinojos.

DANIEL DIAZ CASAS.

Mayo de 1870.

A LA MEMORIA DEL ILUSTRE SR.

D. FRANCISCO SUAREZ PEREDO,

PRIMER OBISPO DE VERACRUZ.

¿En dónde está el Pastor que su rebaño  
Por la senda del bien lo conducía,  
Destilando su lábio una doctrina  
Llena de caridad y unción divina  
Pura como la luz de un bello día?

¿En dónde está el apóstol inocente,  
Aquel que en antes escuché estasiado  
Cuado cerca al altar de Dios hablaba,  
Y de su labio puro destilaba  
La doctrina de Cristo. Aquel dechado  
De virtud sin mancilla, de pureza,  
Aquel varon esclarecido y santo  
Que vivió como bueno en este suelo  
Siendo de caridad bello modelo?

No existe ya, pues de la muerte el mantó  
Nos impide mirarlo cara á cara,  
En alas del deber cruzó los mares  
Y el caliz apuró de los pesares  
Cuando la tumba en su camino hallara.

Pero llevado por su ardiente anhelo  
Quiso mártir morir, murió cual bueno,  
Como mueren los lirios inocentes  
Allá en las tardes del Abril sonrientes  
Entre las flores del jardín ameno.

No existe yá, pero indeléble queda  
De su vida una historia,  
Que en sus páginas guarda con ternura  
Un recuerdo inmortal en su memoria.  
La virtud como el sol siempre fulgura  
Porque es cual Dios eterna, indestructible,  
Y siempre permanece en una altura  
Tan grande como Dios, incomprensible.....

La virtud, la virtud, ella es Dios mismo,  
Es atributo de su Suma Esencia,  
Pues que al sacar al hombre del abismo  
Del error, y darle inteligencia  
Ese don le infundiera  
Para que á Dios en la virtud sintiera.

Y tú que fuiste su mejor egida,  
Que allá en tu noble pecho  
Tuvo amorosa su feliz guarida,  
Y viviste con ella satisfecho  
Con la del ángel inocente vida.

A tí te admiro, y si mi lira humilde  
Que hoy se ha cubierto de crespon luctuoso  
Al recordar tu muerte infortunada  
Pudiera con sus notas ensalzarte;  
Yo tomara esa lira abandonada  
Para cantarte á tí, para cantarte.....

Allá á la orilla del hermoso Tibre  
En la ciudad de César y Tiberio,  
Donde tuvo Neron su ínclito imperio  
Y el fiero Domiciano alzó su sólio;

Allí quiso Jehová, Pastor querido,  
Darte un sepulcro de tu nombre digno  
Y que no se perdiera en el olvido.....

Y tu alma pura aligera volando  
Fué á morar con los Justos en la altura,  
Y en su gloria inmortal está gozando,  
Delicia eterna, sin igual ventura.

Y mientras tú disfrutas en el cielo  
La presencia del Padre Soberano,  
Tus ovejas te lloran sin consuelo  
Y te piden humildes desde el suelo  
Ruegues á Dios por tu infeliz hermano.

RICARDO DOMINGUEZ.

JUSTO HOMENAGE A LA VIRTUD  
DEL PRIMER OBISPO DE VERAERTE,  
**D. FRANCISCO S. PEREDO.**

SONETO.

Dejando el mundo, con ardiente anhelo  
De la amable virtud siguió el camino:  
Latió su corazón de amor divino,  
Al altar consagrandó su desvelo.

Su rebaño confiarle quiso el cielo,  
Y aceptó temeroso su destino.  
Pastor humilde, pero no mezquino,  
Francisco fué con redoblado celo.

Inflexible en su fé, con gran prudencia,  
El cumplir su deber fué su delicia:  
La doctrina de Cristo fué su ciencia:

La salud de las almas su codicia.  
Imitad, sacerdotes, su inocencia,  
¡Y que haga el mundo á su virtud justicia!

PEDRO GUERRA.

1864.

AL ILLMO. Y RMO.

Señor Doctor D. Francisco Suarez Peredo,

dignísimo Obispo de la diócesis de Veracruz, dedica, el que suscribe, la siguiente composición.

## EL MARTIR DEL SILENCIO.

Tácitus et sensatus honorabitur.

Augusta paz domina  
Del Verbo del Señor en la morada;  
Su Magestad divina,  
En el templo velada,  
De profundo silencio está cercada.  
El fiero laberinto  
Del mundo bullicioso allí no suena;  
Tranquilo está el recinto:  
No hay inquietud ni pena;  
La presencia de Dios todo lo llena.  
Humilde y con respeto,  
Alguien allí descubre dolorido  
El íntimo secreto  
De su pecho oprimido,  
Y apenas su sollozo es percibido.  
Las gotas de su llanto  
Silencioso recibe y compasivo  
El sacerdote santo;  
Y el pecador altivo  
Cae rendido en brazos del Dios vivo.  
Así el Omnipotente  
Que desde el alto cielo, en sus furores,  
Disipa la insolente  
Turba de pecadores,  
Del rayo á los horribles fragores:  
Manso, bueno y afable,  
Al pecador humilde se convierte  
Con amor inefable;  
Y paz y gozo vierte  
En su pecho, y le dice de esta suerte:  
Tú, que orgulloso alzando  
El corazon protervo, te glorías  
En tu crimen nefando,  
Y con voces impías  
Necio respondes á las gracias mías:  
Vendrás al fin conmigo  
Del santuario á las dulces soledades,  
Dó libre y sin testigo,  
Llorarás tus maldades,  
Y el objeto serás de mis piedades:  
Y arrojaré al olvido  
El peso que te sirve de tormento;  
Como plomo impelido  
Con impetu violento,  
Que baja de la mar al hondo asiento:  
Y nadie habrá en el mundo  
Que se aperciba de tu triste historia;  
Secreto tan profundo,  
Solo el Rey de la gloria  
Conserva para siempre en su memoria.  
Dijo el Señor . . . y osado  
Un rey, que hiel de sus entrañas vierte,  
Violar quiere el sagrado  
Sigilo, santo y fuerte,  
Que jamás romperá la misma muerte.

Arde su pecho en ira,  
Víctima triste de su impuro celo!  
Su corazon respira  
Venganza, y con anhelo  
Quiere correr el misterioso velo.  
Necio, procaz, injusto,  
Convida con halagos tentadores  
Al sacerdote justo;  
Sus lábios seductores  
Le brindan con el oro y los honores:  
O en cólera encendido,  
Con faz sañosa y ademán terrible,  
Del Señor al ungido  
Amenaza inflexible,  
Con los tormentos del suplicio horrible.  
¡Afan, delirio insano!  
Del justo el corazon no desfallece  
Delante del tirano!  
Si el orbe se estremece  
En sus ruinas impavido perece!  
Ni el suplicio, ni el oro,  
Responde el sacerdote al rey impío,  
Mancharán mi decoro:  
Cese tu desvario . . .  
El secreto que guardo solo es mio! . . .  
Torva la vista clava  
El verdugo en su víctima inocente;  
Y del fiero Moldava  
En la veloz corriente,  
Al santo arroja la atrevida gente.  
Murió . . . su noble pecho  
Ostenta del sigilo las señales;  
De su flotante lecho  
Los diáfanos cristales,  
Ornados van de luces celestiales.  
Y es fama todavía,  
Que intacta se conserva viva y pura,  
La lengua que sabía  
Tener la honra segura,  
Contra el rumor de la calumnia impura.  
¡Oh de la Iglesia Santa  
Riquísimo decoro y ornamiento!  
Quién diera á mi garganta,  
Cuando tus glorias cuento  
Celeste inspiracion, místico acento!  
¡Bendito el hombre sábio  
Que en venturosa paz tuvo sujeto  
Al corazon su lábio;  
Y prudente, y discreto,  
Defendió de las almas el secreto!  
¡Bendita, si, la lengua  
Qué, siempre allá en el corzon guardada,  
Sin opróbio ni mengua,  
Mantuvo inmaculada  
Del silencio la ley, la ley sgrada!

Puebla, mayo de 1869.—Miguel Gerónimo Martínez.